

entre todos debía sobresalir la estatua de la beneficencia; en ademán de repartir con manos llenas y liberales toda clase de bienes á los habitantes del Estado. Debía estar rodeada esta noble estatua, de la niñez interesante, á quien allanó el camino de la educación, con el célebre método lancasteriano, tan probado y seguido en Europa; de la esclarecida juventud á quien proporcionó el camino de las ciencias en el colegio de Jerez; de los hombres á quienes la atrocidad de sus delitos hubiera conducido á un patíbulo, libertados á influjo de su notoria clemencia; de los infelices que gemían en lúgubres é inmundos calabozos, aliviando su dolor, excitando á activar sus causas, é influyendo para que se procediese con la mayor circunspección en imponerles penas, *corporis afflictiva*; de la humanidad, ó ya doliente, que yacía abatida en la obscuridad del hospital, proporcionando con liberalidad todo género de auxilios, para su alivio y socorro; ó ya libertada de la epidemia voraz de la viruela, por el empeño que tuvo en hacer conducir el pus admirable de la vacúna que le arrebató á la muerte innumerables víctimas; ó ya perseguida de mil contagiosas pestes; pues también debe á sus enérgicas disposiciones, el que el azote formidable del cólera morbus no hubiera hecho en el Estado, el estrago que en otros, llenando de luto toda la tierra. ¡Qué más debería haber en contorno de la estatua de la beneficencia, eternizando las obras del héroe que lloramos? Ya conozco que me queréis recordar el noble interés con que fomentó la agricultura, el comercio y los artefactos; el loable empeño . . . Pero digámoslo de una vez. Si el verdadero arte de gobernar, es aquel que hace venturoso á los pueblos, ¿no dirigió el Sr. GARCÍA á este fin sus ideas y sus providencias? ¡Oh Zacatecas! Si los romanos pedían á sus dioses, concedieran á sus emperadores la bondad de Trajano y la prosperidad de Augusto; no viste en el Sr. García y su gobierno reunidas tan apreciables dotes? La bondad de su corazón queda demostrada hasta la evidencia; la prosperidad . . . ¡Mineral del Fresnillo! ¡Minas abandonadas por ser casi imposible vuestra explotación, por las sumas enormes, necesarias á este fin! ¡Compareced, dejaos ver en esta asamblea respetable! Venid á ser testigos incontestables de la constancia con que perseveró, hasta llevar á cabo empresa tan ardua. Decid á mis oyentes los afanes con que procuró la habilitación de útiles tan necesarios y tan costosos para el desagüe, las contradicciones que tuvo, las dificultades que venció, los obstáculos casi imposibles que se le presentaron. ¡Cuántos desvelos! ¡Cuántas fatigas! ¡Cuántos cuidados! ¿Y acaso era todo esto por enriquecerse á sí mismo, ó atesorar en provecho suyo los metales preciosos que allí se ocultaban en las entrañas de la tierra? No, por cierto; sino . . . ¡Oh Zacatecas! para hacerte feliz, y que fuera el país de la prosperidad y la abundancia. A vista de esto, venid, pobres miserables, viudas afligidas, hombres indigentes, familias menesterosas, todos los que disfrutéis los beneficios debidos á la fuente de riqueza que del Fresnillo se difundió por todas partes; venid, y al rededor de la tumba del hombre vuestro protector, derramando abundantes lágrimas, exhalad lastimosos ayes, prorrumpid en dolorosos gemidos, exclamad con los acentos tiernos del dolor más acerbo ¡murió D. FRANCISCO GARCÍA! ¡murió el benemérito de Zacatecas!

murió el hombre desinteresado, murió el hombre benéfico, murió . . . ¡Ah, dura condición de nuestra mortal fragilidad! Murió con la muerte de los héroes. Sí, murió pobre, cual otro Cincinato cultivando la tierra, cual otro Camilo labrando los campos, cual otro Alfredo apacentando sus escasos rebaños. ¡Murió D. FRANCISCO GARCÍA! ¿Quién enjugará tus lágrimas, oh Zacatecas, después de pérdida tan lamentable? ¡Murió D. FRANCISCO GARCÍA! se sepulló en su ocaso este Sol benéfico que todo lo animó, todo lo puso en acción y á todo le dió nueva vida y nuevo sér. *Sol illuminans per omnia reseruit.*

Sí, señores, lo habéis visto, lo habéis admirado. Bien le cuadra la brillante expresión del sagrado libro del Eclesiástico. *Sol illuminans per omnia reseruit.* Apareció en el oriente de su gobierno anunciando con sus apacibles luces lo benéfico de sus influjos. Iluminó lo bastante para conocer el intrincado laberinto de opiniones políticas, y seguir el hilo de oro de la razón. Conmovió vivamente con su acción, todo el Estado, siguiéndose la felicidad y la abundancia. *Sol illuminans per omnia reseruit.*

No tardeis más, venerables sacerdotes, en rodear ese túmulo, para que con el aspersorio de la agua santa, se mezclen nuestras súplicas, oraciones y lágrimas, ante el trono del Eterno, para que se digne, por su piedad, librar el alma de nuestro héroe, de los incendios del purgatorio, como libró á los tres niños del horno de Babilonia; á Loth, del fuego de Sodoma; á José, de la cárcel de Faraon, y libre de aquel lugar de expiación, vuele á los eternos tabernáculos de la gloria, en donde por la infinita misericordia REQUIESCAT IN PACE. AMEN.

—(O)—

ELOGIO fúnebre en honor del ilustre ciudadano FRANCISCO GARCÍA SALINAS, antiguo Gobernador de Zacatecas, pronunciado por el ciudadano Luis G. Solana, la noche del 28 de Julio de 1842.

La pompe funébre de l'homme juste est le triomphe de la vertu qui retourne, á l'Etre supreme.

Los honores fúnebres tributados á la memoria del varón justo, son un homenaje á la virtud que vuelve triunfante al Ser Supremo.

Tomás. Elogio de Mar. Aur.

SEÑORES:

La memoria de un suceso desgraciado para Zacatecas ha sido vivamente renovada en este día, por las expresivas y patéticas demostraciones de un pueblo sensible, agradecido y religioso. Aquellas oraciones y melancólicas plegarias que han hecho resonar en esta mañana las bóvedas del templo santo y que han subido al cielo entre el incienso de los altares; la

solemne ceremonia de esta noche memorable; ese aparato fúnebre que representa el túmulo donde yacen los restos venerables de aquel cuerpo, que encerraba un espíritu puro y sublime, un destello de la Divinidad; y en fin, cuanto hoy ha pasado y cuanto nos rodea, todo, todo anuncia que el pesar y el dolor nos han reunido para cumplir con uno de los más tristes y piadosos deberes, y para darnos un pésame mutuo.

Esta solemnidad no es una vana pompa para lisonjear á los orgullosos descendientes de algún potentado de la tierra, de quien tuviéramos que esperar ó que temer; no, señores; no es el poder el ídolo de nuestro culto; más grande y más digno es el modesto, pero noble objeto de nuestros recuerdos, gratos á la vez y congojosos. Venimos á rendir al mérito el debido homenaje; venimos á pagar un tributo de lágrimas exigido por la gratitud y el patriotismo; y por último, venimos á recordar que somos mortales, para olvidar nuestros proyectos insensatos y nuestros funestos resentimientos; sepultémoslos en la húmeda fosa, entre los esqueletos descarnados por la pálida mano de la muerte, la cual ha de acabar con nuestras locas esperanzas, con nuestras querellas, y con los extravíos del amor propio de donde tienen su origen.

El pesar; lo mismo que la alegría, reconcilia á los hombres aunque sea por un momento; he aquí por qué las diversas opiniones y partidos se han unido fraternalmente, para cooperar y concurrir á estos patrióticos funerales. Es muy justo que aquel que supo conciliar los intereses de todos durante su vida, sea llorado por todos después de su muerte, por eso lo han sentido también los que vieron el sol la primera vez en otras regiones, pues los bienhechores de la humanidad pertenecen á todos los países y á todos los siglos (1).

Finalmente, tanto extranjeros como nacionales, y sobre todo, los habitantes del Departamento hemos sufrido una pérdida irreparable; los primeros han perdido á su mejor amigo; los mexicanos á un hombre de estado honor de la República, y los zacatecanos... ¡ah! los zacatecanos lloramos por nuestro bienhechor, por nuestro padre!... ¡No tengáis vergüenza de llorar, compatriotas; también el valor se enternece y sabe gemir cuando es conmovido por las grandes acciones! El capitán del siglo se conternó á la vista del sepulcro del gran Federico y valientes guerreros han gozado con sus lágrimas las tumbas silenciosas de los varones insignes... ¡Llorad, pues, zacatecanos, y que vuestro llanto y doloroso gemido resuene por las montañas que circundan esta ciudad!... Mas no, no lloréis tanto por el que duerme en paz en el blando seno del Señor. (*)

Sin duda que el hombre respetable, cuya memoria recordamos, vive ahora y vivirá sin fin en la suprema y eterna mansión, morada feliz de las

1 Los extranjeros generalmente han sentido la muerte del Sr. D. Francisco García, y muchos de ellos contribuyeron para los gastos de las exequias y del monumento que se erigió en honor de tan esclarecido ciudadano. Los zacatecanos les estamos muy reconocidos, y en especial á los Señores Newal, Sr. D. Damian Floreci, y sobre todo al Sr. D. Roberto Auld, que no solo contribuyó con lo que pudo, sino que además reunió por suscripción una suma considerable.

(*) *Modicum plora supra mortuum, quoniam requievit.*... Llorad moderadamente por el que ha muerto, porque descansa para siempre. *Eclesiastic, cap. 22, v. 11.*

almas justas, pues á ella deben haberlo elevado su virtud y su piedad cristiana. Yo bien quisiera hablar aquí de la piedad sublime que sabe inspirar el cristianismo; pero sería necesario tener la lengua de oro de un Crisóstomo, la moral dulce é insinuante de un Fenelón, y la vida angelical de un Gonzaga. Quería igualmente recordar las tremendas verdades del Evangelio, ¡esas verdades espanto de los malvados en la hora de la muerte! mas para esto también sería preciso poseer la divina elocuencia y la voz terrible de Bossuet; aquella voz que semejante á la detonación del trueno aterraba á sus oyentes, pues fulminaba desde lo alto de la cátedra del Espíritu Santo, fundía como un rayo las diademas y los cetros de los monarcas, haciéndoles conocer á ellos y á todos los poderosos del mundo, su orgullo y su vanidad, y su miseria, y la nada de las grandezas humanas.

Por otra parte, señores, ¿quién me ha conferido el augusto título de ministro del Altísimo, para dar lecciones á los hombres en el santo nombre de Dios? Así es que sólo diré de paso, que nuestro ilustre compatriota era piadoso sin superstición ni fanatismo, y tolerante como los primitivos hijos de la iglesia. Ya esta mañana un orador sagrado, que por su vida apostólica es digno sucesor del venerable Margil, os ha de haber hecho el elogio del cristiano (2); réstame á mi hacer el del hombre de estado, querido y respetado justamente por sus buenas costumbres, por sus virtudes sociales y por los beneficios que nos prodigó.

¡Oh García, oh padre de este pueblo que te ama y te bendice, y al que has dejado en la orfandad, ¿Cómo podré yo elogiarte, dignamente, sin estar adornado de tu acendrada virtud y de tu genio esclarecido?... Ya oigo que me respondes: «¿cómo? diciendo con pureza la verdad.» Te obedezco, varón justificado, porque ella hará tu mejor elogio, y porque si dejara de ser verídico, tu sombra veneranda saldría de la huesa para reconvenirme, y me diría: «¡Cállate, impostor! mientras viví nunca me ofendiste con la vil y fementida lisonja; ¿por qué ahora te atreves á mentir para elogiarme? Acuérdate, acuérdate que la mentira jamás salió de mis labios, ni manché mi corazón: alabarme con ella es ultrajarme.»

Señores, protesto no dar motivo para tan amarga reconvección, pues *el que ha hecho roto de decir la verdad, ni por estimación ni por odio debe fallar á ella.* (*) Siguiendo esta máxima del grave y sentencioso Tácito, empezaré por confesar que nuestro llorado García no era un ser perfecto, porque la perfección es atributo exclusivo de la Divinidad. No por eso se piense que trato de censurar en parte la conducta de tan benemérito patriota; tal censura es de la competencia de la historia, pues á ella le toca juzgarlo, y á mí ensalzar aquellas acciones que merezcan alabanza. Referiré, pues, con veracidad, los hechos de que vosotros mismos podéis dar testimonio, y que están comprobados por su pública notoriedad.

Permitaseme observar, antes de pasar adelante, que las bellas letras

2 El orador de honras fué el sabio y elocuente predicador Fr. Rafael Soria, religioso de Guadalupe, monasterio fundado por el reverendo padre Margil.

(*) *Incorruptam fidem professis, nec amore quisquam et sine odio dicendus est.*... Tac. Hist. c. 1^o.

así como las artes de mero entretenimiento y de placer, que son el ornato de la sociedad y aumentan su encanto, casi es imposible cultivarlas felizmente, si los que las profesan no han nacido ó educándose entre el esplendor de las ciudades populosas, y en medio de los círculos brillantes de gentes acomodadas y ricas; porque tales ramos, para su cultura, necesitan del lujo, de la ostentación y del refinamiento de la civilización y del buen gusto que les sirven de pábulo; pero la sólida virtud y la verdadera ciencia medran y fructifican más en el retiro, parecidas á esos árboles fuertes y robustos que enraizan y crecen por sí mismos, y que lejos de necesitar de arrimo, como las plantas parásitas, por el contrario, suele perjudicarles la proximidad de otros vegetales, porque acontece que éstos le tuercen y desvían los delicados tallos, y les chupan la vivificante savia. De la misma manera, se ha notado que, por lo general, los varones eminentes por la gravedad de sus costumbres, ó por la profundidad de sus conocimientos útiles y positivos, han nacido y recibido su primera educación en poblaciones muy cortas y poco conocidas, ó en la soledad de los hogares campestres.

Así sucedió respecto del ciudadano Francisco García de Salinas, quien nació en una pequeña aldea de la comarca de Jerez, llamada Labor de Santa Gertrudis, debiendo su nacimiento á unos padres honrados, que si no nadaron entre las superfluidades de la opulencia, ni conocieron las grandezas de un alto rango, en compensación tuvieron los más puros goces; gozaron del sabroso placer de haber vivido siempre de su trabajo, no habiendo comido jamás un pan amargo, amasado con las lágrimas de los infelices, y fermentado con las maldiciones de hombres laboriosos infamemente arruinados; gozaron de la dichosa tranquilidad, de una conciencia pura, exenta de crímenes y de remordimientos; y gozaron del inestimable aprecio de las gentes honradas, galardón debido á la probidad. Estos fueron los tesoros de aquellos buenos esposos, dignos también de la más honorífica mención por haber dado á la patria un hijo tan distinguido, comparable, por su origen y relevantes cualidades, á varios de los hombres ilustres de la antigüedad, cuyas vidas nos refiere el ingenuo Plutarco.

El Sr. D. Víctor García y su esposa la Sra. D^a Blasa de Salinas, padres de aquel por quien lloramos, aleccionaron á sus hijos mas bien con los ejemplos que con los discursos; y no teniendo riquezas que dejarles en testamento, les dejaron un legado precioso: la educación. Ciertamente que no les dieron la del gran mundo, tan folsa, como seductora por su brillantez; pero su brillo es el de la corrupción, como el de los fuegos fatuos que se levantan de los albañales; ella es un barniz, ud dorado que cubre el desagradable aspecto de las imperfecciones morales, siendo incapaz de corregirlas; suple la suavidad de carácter y la benevolencia con la urbanidad; se sirve de la pantomima de cortesías ridículas y del negro velo de la hipocresía, para ocultar el odio y la venganza. Para no cansarnos, ella corrompe y pudre el corazón, extravía á la razón y al más sano juicio, enerva las fuerzas del cuerpo y del espíritu, y afemina las costumbres. La educación que inspira el amor á la verdad, á la justicia y á la virtud; que hace germinar en el corazón, sentimientos humanos, gene-

rosos y nobles; que engrandece la inteligencia, dando extensión y elevación á las ideas, que vigoriza las facultades del ser físico y moral, disponiendo así al hombre para las fatigas de un constante trabajo, para las profundas meditaciones y arduas empresas; tal fué la educación del estoico García, como lo demostró después, tanto en su conducta privada, como en la pública.

Dos tíos suyos, religiosos del colegio de Guadalupe, se lo llevaron á vivir en su compañía, y acabaron de perfeccionarlo en la importante instrucción de las costumbres; de suerte que podía haber dicho con Marco Aurelio: "Mi padre me enseñó á trabajar, y á no ser afeminado ni corrompido; mi madre á evitar hasta el pensamiento de lo malo; y mis tíos, á ser benéfico y moderado, y á preferir en todo la verdad. (*) ¡Alma virtuosa, no desmentiste en tu vida tan sabias y útiles lecciones!

Aquellos humildes y edificantes monjes comenzaron también á darle la educación literaria, la que concluyó en el seminario de Guadalajara, en donde estudió la lengua de Cicerón y de Virgilio, los principios generales de los conocimientos humanos, llamados comunmente *filosofía* y la ciencia sagrada de los doctores y Santos Padres de la iglesia. Sin embargo, su vocación no fué la del sacerdocio; empero, su destino lo llamó después á ejercer un ministerio no menos delicado y espinoso, como es el de dirigir y gobernar á los pueblos.

Formado su corazón con las virtudes é ilustrado su entendimiento con las ciencias, fué lo que necesariamente debía ser: EL MEJOR ESPOSO, PADRE AFECTUOSO Y EJEMPLAR, HONRADO Y PATRIOTA CIUDADANO, SABIO Y BENEFICO GOBERNANTE. Las virtudes por sí mismas y mucho más estando unidas á los talentos cultivados, dan suma respetabilidad y una subida estimación al que las posee; quizá por eso la presencia de aquel magistrado infundía respeto y afecto al mismo tiempo; á lo ménos yo experimentaba lo que digo, y jamás podré olvidar sus graves modales ni los rasgos de su noble fisonomía; la majestad asomaba en su semblante y la sonrisa en sus labios; una frente grande y despejada anunciaba la claridad de sus ideas y la grandeza de sus pensamientos; sus miradas eran penetrantes y reservadas á la vez, pues con rápidas ojeadas leía en el corazón de los demás lo que deseaba saber, sin dejar descubrir en sus perspicaces y negros ojos lo que convenia ocultar; su modo de andar mesurado y cabizbajo, retrataba su carácter melancólico y reflexivo, pudiéndosele aplicar con propiedad lo que se ha dicho del meditabundo Rousseau: *que si andaba con la cabeza inclinada, no era por vergüenza ni por temor de los hombres, sino por andar pensando siempre en ellos.*

Nuestro García era tan pensador como reservado; pero su reserva no era la simulación de un hipócrita, sino la cautela de aquel que conoce el mundo y sus falacias y que sabe que *difanizarse*, por explicarme así, es entregarse sin defensa á sus enemigos y envidiosos, y á todos los interesados en contrariar sus designios; pues las mejores combinaciones y los

(*) Thom. Elog. de Mar. Aur.

proyectos más calculados se malogran muchas veces, no sólo por descubrirlos, sino aun por dejarlos traslucir.

Era preciso, pues, que las cualidades naturales y adquiridas del Sr. García lo sacasen de la obscuridad, le grangeasen una buena reputación, y lo llevasen por grados á ocupar los empleos más importantes de la República. Desde que se dió á conocer, en el año de 1810, como Síndico del Ayuntamiento de esta ciudad, se atrajo todas aquellas consideraciones que se dispensan al mérito; y luego que consiguió la nación su libertad, la opinión pública lo distinguió dándole asiento en la primera asamblea nacional; después le volvió á conferir el honorífico encargo de representante del pueblo, cuya misión desempeñó por segunda vez en el congreso constituyente; en seguida se le condecoró con la dignidad de senador, y estando ejerciendo sus funciones senatoriales, por obsequiar también á la opinión pública, lo llamó el gobierno para encomendarle el ministerio de Hacienda; y últimamente, el voto general de sus compatriotas lo colocó en el gobierno de Zacatecas, en el que dió esplendor y nombrada al Estado que gobernaba. Más detengámonos un poco en su carrera política, la que describiré con brevedad, porque un discurso oratorio no debe extenderse sobre los hechos, como lo hace la historia.

El Sr. García se adquirió una justa celebridad en las asambleas legislativas, sin haberse presentado jamás en la tribuna nacional, pues nunca se dió en espectáculo ni se oyó su voz en público. Como los más de los talentos sólidos y profundos, hablaba poco y oraba mucho, era un hombre todo de acción. Oculto en el retiro de un silencioso gabinete, se ocupaba con suma constancia en las más penosas y útiles tareas. Así el sol nos ilumina con su luz después de haberse ocultado por algún tiempo. Aunque el ilustre zacatecano carecía del don de la elocuencia oratoria era un juicioso y excelente escritor, como lo demuestran los dictámenes que redactó sobre varios puntos de legislación y hacienda, los proyectos de ley que inició siendo gobernador, las memorias en que daba cuenta de su administración, y todas las producciones que nos dejó. En ellas se nota una dicción correcta y pura, una lógica precisa y exacta, un estilo conciso, claro y enérgico; carácter que hacían sus escritos luminosos, convincentes, y serios como el autor.

Su facilidad para escribir con acierto y la destreza que tenía en el manejo de los negocios, hicieron que se le encomendaran en las cámaras los más arduos y difíciles y en especial los que se versaban sobre la ciencia económica, en la que manifestó muy vastos conocimientos. (3) El fué quien

3 No han faltado gentes malignas y envidiosas que hayan querido poner en duda la habilidad financiera del Sr. García, fundándose en la repugnancia con que entró al Ministerio de Hacienda, al que fué llamado por el Sr. Victoria, y en el que apenas duró un mes. Algunos también creyeron de buena fe, que había temido arrostrar con grandes obstáculos y compromisos, más la arriesgada empresa del laborio, de las minas del Fresnillo (empresa que todos juzgaron causaría la bancarrota y la ruina del Estado, y que produjo tan buenos resultados) y la prosperidad en que se vió Zacatecas bajo la feliz administración del Sr. García, prueban hasta la evidencia su habilidad como estadista, la superioridad de su inteligencia y la valentía de su espíritu emprendedor y atrevido, el que se animaba con las dificultades lejos de arredrarse con

formó el sistema de hacienda federal, quien restableció en 1825 el crédito de la nación casi enteramente decaído, y quien demostró con una rigurosa análisis, los errores y desaciertos de la administración financiera de aquella época, preparando así la caída de un ministro favorito del gobierno y del partido popular, partido entonces poderoso. (4)

ellas. Además, dos guerras civiles, en las que se comprometió en fuerza de su obligación y de los sucesos, prueban igualmente que no tenía los mayores compromisos cuando se trataba de cumplir con el deber. Al Sr. García le faltaron personas intermediarias, agentes hábiles que le secundaran, más no fué culpa suya el no poder formar hombres á su antojo, como Deucalión. Los más de los hombres grandes lo han sido con la cooperación de otros casi tan grandes como ellos y con tan poderoso auxilio, quien sabe cuantas glorias habría eclipsado el Sr. García.

Pero volviendo á la injusta censura que se le ha hecho por su repentina y pronta salida de la Secretaría de Hacienda, creo que con lo que le oí decir á él mismo, se puede explicar tal conducta satisfactoriamente. Parece que no era muy del agrado del gobierno el nuevo ministro, el cual estaba convencido de la necesidad de hacer una reforma completa y radical en el sistema de hacienda, ó más bien dicho, de formar un sistema porque no había ninguno, pues todo era un caos. Para verificarlo era preciso cambiar no solo las cosas sino también las personas, lo que de pronto habría producido como en todos los cambios, un desorden aparente, el que hubieran aprovechado los partidarios del ministro reemplazado, los empleados depuestos y los interesados en los abusos, para hacer bajar del sillón ministerial al Sr. García, quien habría caído juntamente con su reputación, pues separado del gobierno en el momento crítico de la reforma, el ramo de hacienda hubiera quedado en peor estado que antes, y el ministro reformador habría sido, perseguido y acusado de haber hecho una revolución sin fruto ninguno y con graves perjuicios. Nos debemos sacrificar por la patria cuando hay esperanzas de que ha de ser útil el sacrificio de otro modo no; porque con un sacrificio inútil imitaríamos la insensatez del suicidio.

Hé aquí por qué salió del ministerio tan pronto y sin hacer nada, un hombre como el Señor García, que había sido reputado en el congreso como el mejor estadista y que después fué admirado siendo gobernador. Este fenómeno provino además de una circunstancia: siendo los ministros amovibles á voluntad del presidente, no tienen medios seguros de emprender como los tenían los antiguos gobernadores de los estados, quienes obran con bastante independencia.

4 En comprobación de lo que dejo referido, oigámos á dos testigos contemporáneos, presenciales y conocidos por su saber y sana crítica, lo que hace su testimonio respetable: estos son el Sr. D. Lorenzo Zavala y el Sr. Dr. D. José Luis Mora. El primero sin embargo de la oposición de carácter, de principios, de opiniones y de afecciones políticas que había entre él y el Sr. García, hace un debido elogio de su mérito, pues en el Ensayo Histórico de las Revoluciones de México, se ha explicado en estos términos: «El Sr. D. Francisco García, diputado por Zacatecas, después senador, y en el día gobernador de aquel Estado, se hizo notable por su aplicación á la ciencia económica. «Ciudadano virtuoso, patriota desinteresado,» manifestó una constante adhesión por la causa de la libertad, y votó siempre por la república.»... «Ensayo Histórico de las Revoluciones de México, tomo 1º pág. 161.» «Fué llamado al ministerio porque en la comisión de Hacienda de que era miembro en el senado, analizó con escrupulosidad las memorias que presentaba el ministro del ramo, y descubrió muchos de los errores de su administración. Creyeron todos que un hombre que se había dedicado á estudiar la marcha de los negocios con la constancia y acierto que manifestaba García en sus largos y «luminosos dictámenes,» presentados al Senado, pondría en claro las faltas y errores del ministerio anterior teniendo en su mano los archivos y todos los documentos con la dirección de la tesorería. El presidente Victoria dócil á la opinión que se manifestaba por este nombramiento, ocurrió á los baños de la oposición y llamó á García al gabinete. . . . » «Id. tomo 2, pág. 53.»

El Sr. Mora en su Revista política, dice lo siguiente: «El Sr. D. Francisco García es uno «de los primeros hombres públicos del país,» y uno de los «ciudadanos más virtuosos de la República;» desde que apareció en el primer congreso mexicano, se hizo notable por la rectitud de su juicio, la claridad de su talento, y lo positivo de sus ideas y principios administrativos, particularmente en el ramo de hacienda que es su especialidad. Los principios políticos del Sr. García son de «progreso,» que ha deportado por convicción y seguido con firmeza sin desmentirse jamás, ni aun cuando la fortuna le fué adversa. En el congreso constituyente fué el autor del sistema de hacienda, y en el senado de 1825, su análisis de la Memoria de este ramo, «obra pasmosa de lógica, economía y estadística,» levantó victoriosamente el crédito de la República, del abatimiento en que lo había sumido el ministro autor de dicha memoria. Esto valió al Sr. García el ministerio de hacienda en 1827, en el cual solo duró un mes porque advirtió que los inmensos desórdenes que había en el gabinete, no eran ni serian remediabiles en muchos años.» «Revista política, pág. 276.»

No se puede concluir esta nota sin observar que los Srs. Zavala y Mora, tan opuestos en lo general, en el modo de juzgar las cosas y los hombres, estén tan de acuerdo sobre la habilidad del Sr. García como economista, y lo que es más, sobre su patriotismo desinteresado y acrisolada virtud.